



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Los dos memoriales. (Conclusion.)—La regla; poesía.—
Revista de modas.—Recuerdo; poesía.—Revista de
teatros.—Advertencia.

LOS DOS MEMORIALES.

Episodio del viaje de la Reina á Sevilla en 1862, referido
por Fernán Caballero.

(Conclusion.)

—Si señora, tía Manuela, y su jergoncito, sus almohadas, sábanas y manta tenían mis niñas; pero mi suegro, que era viudo, vino malo del campo, ¿y dónde había de parar sino en casa de su hijo? En la cama de mis niñas pasó la enfermedad, que fueron unas postemas y unas pútridas que se lo llevaron; y después dijo el médico que la cama, las ropas y cuanto le había servido se quemase, porque aquella enfermedad era muy mala y muy pegajosa; así es que duermen mis niñas en el santo suelo sin que tenga yo para cobijarlas ni la manta de su padre, porque cuanto teníamos vendimos para sostenerle al suyo la enfermedad, y ueste-

des me dirán qué vá á ser de esas niñas en llegando el invierno. ¡Mire Vd., tía Manuela, que lo que á mí me pasa salta á los ojos y me echa un dogal al cuello!

—Ya se vé, hija, ya se vé, que cuando Dios estiende su mano, á todas partes alcanza. ¡Lo que es á mí, lo que más me ahoga es el que cuantito caiga el primer chaparrón, se vá á hacer mi casa una laguna, y mi Juan, al que dañan mucho las mojadas, y que está tan abajo y tan paecido me se vá á morir!

Y la infeliz se echó á llorar amargamente.

—Vaya, tía Manuela,—le dijo compadecida la vecina,—no pierda Vd. las esperanzas; las esperanzas son puntales y en faltando estas nos desplomamos nosotras, y se acabó. Las esperanzas dán cuerda al reloj de la vida; sin ellas se queda parado y se muere el corazón, y no permita su Divina Majestad que se nos muera el corazón, que entonces somos perdidos.

La interpelada era mujer de gran talento natural, y de genial vivo y alegre que son tan frecuentes en Andalucía; así es que contestó:

—Bien sabes, Rosalía, que si puntales hallase ya se los hubiese yo puesto á mis esperanzas, que decia mi madre (que de Dios goce) que en día de Carnestolendas nací yo, y riendo en

lugar de llorando, y así no soy yo de las que se atollluncan; pero si ni aun puntales de palo tengo para apuntalar el techo de mi casa, ¿cómo los había de tener de esperanzas para apuntalar mi desdicha?

—Ni yo,—añadió Josefa.

—¿Y os parecen á vosotras pocos puntales las esperanzas en Dios?

—¿En que hiciera un milagro, que es la sola manera de remediarnos?—repuso Josefa.—¿Y acaso lo había de hacer su Divina Majestad?

—¿Y quién te dice que no? ¿No los hace acaso todos los días? Yo he visto llover los milagros en mi casa; pero sin fé no hay milagros, sin pedirlos no hay socorro: asina no desconsolarse, que Dios está siempre en el mismo lugar. ¿Os vais vosotras á parecer á la gente del día que dicen que no hay milagros?

—¡Jesus, Rosalia, no lo permita su Divina Majestad!—esclamó la tia Manuela.—Milagros, que son la patente intervencion de Dios en las cosas de los hombres, ¿no los habíamos de creer? Tanto valia negar á Dios que negarle su poder y su voluntad. Lo que queria decir Josefa es que acá no merecemos que por nosotras los haga el Señor.

—Por esa desconfianza, puede ser, que de otra suerte para obtener los favores de Dios, basta ser humilde y pedirselos con fé y amor; dice el Señor: «ayúdate que yo te ayudaré.»

—¿Qué más quisiera el ciego que ver? ¿Qué más quisiera yo que ayudarme? ¿Pero cómo?—Rosalia se quedó un momento pensativa y dijo despues:

—Ya saben Vds. que la Reina está en Sevilla, y que despues de la del cielo es la de España, la Reina más misericordiosa que ha habido ni habrá; así como despues de la de Dios es Isabel II la Providencia de España. Háganle Vds. un memorial en que le pidan que las socorra en tamaña necesidad.

—Mujer, no lo has pensado malamente,—dijo la tia Manuela, cuyas lágrimas, como las de las niñas, se secaron instantáneamente;—me has dado un puntal: mira que presto se lo pongo á mis esperanzas.

—Pero falta el milagro,—añadió sin salir de su abatimiento Josefa,—y no dejaría de serlo el que su Real Majestad hiciese caso de nuestros memoriales. Vamos, eso es un *sinfundo*, si los hay. Decia el ordinario anoche cuando llegó de Sevilla, que á cientos y miles se los entregaban á su Real Majestad, y siendo estos sin cuento, ¿acaso podría la Reina satisfacer tanto pedido? Eso solo Dios lo podría.

—No le hace; yo voy á presentarle un memorial.

—Eso es que cuenta Vd. con el milagro,—dijo con triste amargura Josefa.

—No, hija,—repuso la triste anciana;—no

cuento con el milagro; pero acaso podría esperar en él, que ese puntal, ya que á manos me se viene, lo quiero aprovechar. Mira, Josefa, mañana nos vamos á Sevilla y de camino vemos los festejos, los arcos, los adornos que allí han hecho, que dicen que desde que el mundo es mundo no se ha visto cosa igual. Buscamos un memorialista que nos haga el memorial, nos ponemos á la verita del coche, más que nos atropellen los caballos y nos *estrujen* las gentes, y se lo damos á S. R. M.

—Las cosas de Vd.,—repuso Josefa,—que todo lo allana sobre la marcha como plancha caliente. Los memoriales se hacen sobre papel de sello, señora, y cuesta dos cuartos la hoja; al memorialista es menester pagarle su trabajo, y ni Vd. ni yo tenemos un cuarto: nada, tia Manuela, donde no hay harina todo es mohina.

La cara de la tia Manuela, que se habia animado con un rayo de esperanza, tornóse á abatir, como la rama del sauce lloron, á quien por un momento alzára y diera movimiento una pasajera ráfaga de aire.

—¡El gozo en el pozo!—esclamó tristemente;—pues no tengo los dos cuartos para mercar el papel, que en cuanto á quien me escriba conozco en Sevilla al mozo de una casa en la que sirvió mi hija antes de casarse, el que tiene una letra como un maestro de escuela, y ese nos los escribiría.

—Pues en ese caso,—dijo la vecina sacando de su bolsillo dos monedas de dos cuartos,—poco dinero tengo, pero les emprestaré estas dos motas para ayudarles á poner un puntal á sus esperanzas. Si algo alcanzan Vds. me los pagarán, y sino, perdono la deuda.

—Dios te lo premie y te dé la gloria, que la merece tu buena obra, tanto más meritoria, cuanto que vá á servir para un *por si acaso* de los más aventurados; pero bien dice el que dijo que quien no se arriesga no pasa la mar; asina, Josefa, *aprevante*, que mañana nos vamos un pié tras otro á Sevilla.

No hay que estrañarse de que la vecina prestase esa pequeña cantidad á dos pobres más necesitadas que ella. Lo que sí hay que admirar en estas pobres aldeas, compuestas en su casi totalidad de braceros, cómo el que está algo más desahogado fia al necesitado en las épocas en que les falta el trabajo, si bien no metálico, del que él mismo carece, trigo, semillas, aceite, esto es, sustancias alimenticias. Como es de suponer, entre gentes que no saben escribir no median contratos ni recibos; entre la caridad y la gratitud no media más que la buena fé; por lo que estas tan generales deudas, nunca se han visto negadas ni desatendidas.

Seis dias despues de la precedente escena estaba la tia Manuela parada ante la puerta de su casa hablando con Josefa, cuando pasó un

hombre bastante bien portado, al que dijo con tristeza la tía Manuela:

—¿Con que, Miguel, se fueron los Reyes?

—Ayer,—respondió el hombre;—yo los *vide* entrar en el coche Real del ferro-carril, y cuenta que si los pude ver es porque cuando servi al Rey era granadero, y porque en la estación coji sitio *ende* temprano. ¡Qué de almas, María Santísima! Si parecía que las cuatro provincias de Andalucía se habían apiñado allí. *Vide* despedirse á las dos hermanas reales que abrazadas lloraban por su cara abajo; tía Manuela, ya vé Vd. cómo tambien los Reyes lloran.

—¿Si son hijas de Adán, Miguel, y con el pecado de aquel entraron en el mundo las lágrimas que nos dejó por herencia en este valle que de ellas toma el nombre!

—Al ver á nuestra Reina y á nuestra Infanta tan queridas llorar, todo el mundo lloraba y yo sentí que algo me corría por la cara, me eché mano, tía Manuela... ¡pues no estaba yo llorando!!! (1)

—Y yo tambien, Miguel, de oírte referir,—repuso la tía Manuela, secándose las lágrimas con un pico de su delantal.—¡Qué dolor, qué dolor, de ver llorar á la Reina de mi corazón y de mi alma, y á esa Infanta bendita que con su esposo han hecho en San Telmo, de los jardines un Paraíso, y del palacio un santuario! ¡Y habria llorado tambien, Miguel, porque ese malvado ferro-carril se llevaba con mis Reyes mis esperanzas!

—Y las mías aunque eran pocas,—añadió Josefa.

—¿Que se llevaba las esperanzas de Vds.?—dijo admirado el hombre;—¿pues qué, las tenían Vds. puestas en la Reina?

—Sí; porque yo y tía Manuela le habíamos hecho un memorial para que nos socorriese.

—¿Qué tan necesitada estás, Josefa?, pues *denantes* estabas descansadita.

—¡*Denantes*!—respondió Josefa,—*denantes* me vivían mis padres, pero *ende* que me faltó mi madre me han llovido desdichas y no tengo arrimo ni calor de nadie; *asina* es que dice bien el cante:

Murió mi madre ¡ay de mí!
Ya entraron mis amarguras;
Ninguno diga que es pobre,
Mientras su madre le dura.

Mira, tú, que tengo á mi Pedro hace tres meses con tercianas, y á mis niñas durmiendo en el suelo pelado, y el invierno que ya asoma.

—¿Y quién entregó esos memoriales?—preguntó el hombre?—¿Vosotras?

—No, porque aunque esa intención llevába-

mos,—contestó la tía Manuela,—y nos pusimos á esperar á su Real Majestad en una calle por la que dijieron habia de transitar, cuando llegó á pasar, tan hermosísima, tan bien puesta, que parecía una imágen, tan respetuosa á la par de tan amorosa, pasando despacito por no atropellar á nadie, por el apiñado gentío que la rodea por do quiera que vá, sacando del coche un brazo más blanco y más torneado que si lo hubiesen hecho de marfil, para recojer los memoriales, nos quedamos entrambas tan admiradas, tan estáticas, tan cuajadas, que ni el *viva* que rebotaba en nuestro corazón, pudimos echar al aire; cuando miramos por nosotras ya habia pasado, ya iba lejos aquel hermoso coche que se llevaba nuestra Reina, nuestro corazón y nuestras esperanzas; ¡y solo nos quedaba, lágrimas en nuestros ojos y en nuestras manos los memoriales!

—¡Por vía de Chápiro Valillo!—esclamó Miguel.—¿Quién habia de creer que se atollancasen Vds. tanto; Vd., tía Manuela, que es más viva que un ajo, que tiene la lengua espedita y bueno el pronunciado y hasta coplera es!

—Pues ahí verás, hijo mío, cómo impone la Real Majestad, que me se apagó el candil, me se anudó la garganta y ni un *viva* le pude dar á mi Reina, lo que me ha de pesar mientras coma pan.

—Y ¿quién le hizo á Vds. los memoriales?

—Un mozo de casa que escribe que ni *imprentado*.

—La cuenta de la plaza será,—opinó Miguel,—pero un memorial á la Reina!!! ¡Bueno estaría, y más si el mozo era farruco.

—Pues, sí señor, que iba bueno, que yo se lo fui anotando.

—Y ¿qué le decia Vd. en el memorial á la Reina, tía Manuela, acaso que le comprase la chamiza para la techaz?

—Pues sí señor.

Su interlocutor soltó una carcajada y preguntó:—¿Y Josefa qué pedía en el suyo? ¿Que le comprase S. R. M. un jergon en que dormir sus niñas?

—Pues sí señor.

Su interlocutor volvió á reírse más estrepitosamente todavía.

—Hombre,—le dijo con impaciencia la tía Manuela,—¿y qué querías que pidiese yo á la Reina que fuese el pedido digno de S. R. M.? ¿Una encomienda? Ni me la hubiese dado ni yo para maldita la cosa la necesito... ¿Qué querías?

—Que no hubiese Vd. pedido *nada* haciéndose los *cargos*, que por más que se levante el polvo de la tierra no llega al sol; ¡que al sol! ni á los luceros y estremitas que lo rodean, que se encaraman más alto que él; así se hubiese Vd. ahorrado el viaje y su memorial y no esta-

(1) Histórico.

ria ahora llorando sus esperanzas perdidas. Acaso no sabe Vd. la copla:

Son nuestras esperanzas
Flor sin raíces
Que se las lleva el viento
Antes de abrirse;
Y es culpa nuestra
Por sembrarlas al aire
Y no en maceta.

—¡Pues otras han alcanzado, Miguel! ¡Pero bien me se previene que en un lugar no todos pueden vivir en la plaza!

—En cuanto á mí,—añadió Josefa,—yo y mi Pedro somos tan desgraciados, que si él hubiese sido sombrerero, habian de haber nacido los niños sin cabeza.

—Pero vamos á ver que tengo curiosidad,—dijo Miguel.—¿Qué era lo que rezaba el memorial de Vd., tia Manuela, y cómo le pedia Vd. chamiza á S. R. M.?

—Toma, muy clarito y sin circunloquios, como se lo pido á Dios. ¡Pues no le está pareciendo á este hombre que lo echa de sabido, un desacato el pedirle la chamiza que necesito á la Reina? Decia el memorial *asina*: «Señora, á los piés de V. R. M. se postra una infeliz anciana que vá á quedar á la inclemencia del cielo por derrumbarse el techo de su casa.—Déme V. R. M., que se complace en llamarse madre de los españoles, la chamiza para techar mi casa y cobijarme, y Dios en cambio cobijará á vuestro Trono, á V. R. M. y sus augustos esposos é hijos con su santísima bendición.»

—¿Y el de Josefa?—preguntó Miguel.

—Decia *asina*,—prosiguió la anciana: «Señora: A las plantas de V. R. M. se postra una madre desdichada que tiene á las hijas de su alma durmiendo en el suelo y sin abrigo. Déles V. R. M. un jergon y hará una obra de caridad de las grandes. Humilde es mi peticion, Reina y Señora, pero más humilde es la de los pájaros, y Dios la atiende.»

—Lo que es de largas no pecan,—opinó Miguel,—pero sí de gansas, que lo son como pájaros, y de atrevidas, que lo son como gorriones. Por suerte, que no llegaron Vds. á entregarlas y no las habrá visto la Reina.

—Pues, Miguel, yo habia esperado que sí, porque en vista que no habiamos podido ponerlos en manos de S. R. M., nos fuimos en casa de una señora que yo conozco y donde paraba un *Usia muy considerable de la conmutiva real*, y le dije que por el amor de Dios y de María Santísima, se los entregase y se empenase con él para que se los presentase á S. R. M. de parte de Manuela Ortega y de Pepa Monje, de Dos Hermanas. La señora lo prometió, pero por lo visto no lo ha cumplido.

—O el usía no querria entregar á Su Real Majestad semejantes marmojos,—dijo Miguel.

—Eso será,—repuso la tia Manuela;—porque mira, Miguel, gansos ó nó, tan cierta estoy de que si nuestra Reina los hubiese visto nos socorre, como cierta estoy que nos alumbrará el sol.

—Tia Manuela,—le dijo Juana,—para que hubiesen llegado á manos de la Reina, era menester un milagro, y Dios no ha querido hacerlo. ¡Cómo ha de ser, paciencia! ¡Ay mis pobres niñas!!

—Tia Manuela,—dijo una mujer,—en busca de Vd. venia de parte del señor cura para que vaya Vd. allá.

—Eso será para aljofifar la iglesia, que entonces siempre se acuerda su mercé de mí. ¡Dios se lo premie! Ya ves, Miguel,—añadió enjugando sus lágrimas—que si una puerta se cierra otra se abre, y que Dios no le falta á nadie.

—Tia Manuela, voy con Vd. á ver si el señor cura quiere que ayude á Vd. en la faena,—dijo Josefa.

—Sí vente, mujer, que yo tambien se lo pediré. Miguel, con Dios, hasta más ver.

—Yo voy para allá tambien, que llevo á su mercé un encargo que me hizo ayer.

Los tres echaron á andar apresuradamente y llegaron en breve á la casa del cura.

—Dios guarde á su mercé, señor cura;—dijo al entrar la tia Manuela.—Pepa Monje viene conmigo á pedir á su mercé que sea ella la que me ayude á aljofifar la iglesia.

—No se trata de limpiar la iglesia,—contestó el cura.

—¿No?—esclamó tristemente sorprendida la tia Manuela. Pues entonces, ¿á qué me ha mandado llamar su mercé?

—Has hecho un memorial á la Reina,—dijo el cura,—¿no es eso?

—Sí señor,—contestó la pobre mujer aturullada;—eso no es malo, ni está prohibido: ¿no es así, señor cura?

—No mujer, no, y si te llamo es para entregarte la contestacion de la Reina. De parte de nuestra benéfica Soberana tienes aquí, no sólo para techar tu casa, que ya sé que es tu primera necesidad, sino con qué costear la siembra de tu haza.

Y el cura puso unas monedas de oro en las manos de la anciana.

Esta, al ver el oro, se puso fria, pálida y parada; despues encendida, agitada y temblorosa y acabó por prorumpir en un copioso llanto, gritando:—¡Dios hizo el milagro! ¡Bendita sea la fé! ¡Yo puse los medios, bendita sea la esperanza! ¡La Reina fué el intermedio de Dios, bendita sea la caridad! ¡Bendecido sea Dios! ¡Bendecida sea la Reina!

El cura había entrado en un cuarto y salió de él con un abultado lío.

—Y tú,—dijo presentándosele á Josefa,—aquí tienes por respuesta á tu memorial, las ropas y abrigos de una cama completa, y además este dinero,—añadió entregándole,—con qué remediarte.

—¡Hijas de mi alma!—esclamó Josefa estrechando el abultado lío contra su pecho.—¡Hijas de mi alma, que ya no llorarán de frío, y van á dormir abrigadas y en blando como princesas, rogando á Dios cada noche por la Reina de España, la Reina de todas las Reinas, misericordiosa como el sol que á todos los alumbró y dá su calor!

La tía Manuela, que se había repuesto algun tanto del pasma y turbación que le habían causado la sorpresa y el júbilo, reía, lloraba, daba vueltas, alzaba sus manos cruzadas al cielo, y era la imagen más caracterizada de la alegría, de la gratitud y del entusiasmo.

—Tía Manuela,—le dijo zumbonamente Miguel.—Vd. que es coplera, ¿cómo no le saca Vd. un trovo á la Reina, que á pesar de las sandeces de su memorial la ha socorrido como Reina y madre?

Inmediatamente, y con los ojos brillantes por su felicidad, improvisó la tía Manuela:

Le doy el viva á Isabel,
Le doy el viva á mi Reina,
La generosa Señora
Que me ha sacado de penas.
Dios le conserve su vida
Y la colme de favores,
Porque gasta sus tesoros
En socorrer á los pobres.
He de pelar mis rodillas
Al pié de nuestros altares,
Pidiéndole á Dios que guarde
Y premie á Sus Majestades (1).

LA REGLA GENERAL.

Un joven.

Amé á Dios y á mis padres, fui buen hijo,
Y el Señor en la tierra me bendijo.

Una joven.

De tener buena madre honrarme puedo:
Su virtud aprendí, su dicha heredo.

Otra joven.

Me crié sin que á nadie obedeciera:
Hoy vivo sin salud en la Galera.

(1) En este sencillo suceso todo es exácto y real. Los memoriales fueron entregados. Los versos, que con ayuda de un poeta culto hubiéramos podido presentar mejorados, están puestos tal cual la tía Manuela los improvisó, porque hemos preferido su sincera sencillez con sus defectos, á correcciones que les hiciesen perder aquella.

Otro joven.

Irreligioso joven, hijo malo,
Maldito del Señor, muerto en pecado.

Regla general.

El mundo enseña de ejemplares lleno,
Que para ser feliz hay que ser bueno;
El justo goza, los malvados gimen.
¡Dichosa la virtud! ¡Miserio el crimen!

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MODAS.

Correo de señoritas.

En las grandes capitales, queridas lectoras, se baila á pesar de la Cuaresma, particularmente al principio de ella, y dado caso de que así no fuese, siempre podríais utilizar los detalles que voy á daros sobre trajes de sociedad, pues apenas hablaré de otros en atención á que tengo bastante materia sobre este asunto y prolongaría demasiado este artículo si tratase además de los de calle; lo dejaré para el próximo número, y parará la atención ante las siguientes maravillas.

Los trajes de baile son más que nunca bizarros y fantasistas, pues con respecto al buen gusto se toca casi siempre en lo grotesco.

Lo que salva la moda del ridículo son las elegantes que la llevan, sin cuyo requisito nos reiríamos de ciertos adornos y de ciertos trajes. Sin embargo, S. M. la Emperatriz Eugenia dá el ejemplo de una sencillez lujosa y perfecta. Se pretende que dirige y hace ejecutar por sí misma sus *toilettes*. Sea lo que fuere, tienen para agradar, el encanto y la juventud, dos cualidades que producen la gracia.

El raso ha vuelto á su poder, porque la Emperatriz se presentó su primer lunes con un vestido de raso azul celeste, con hombreras de reinas-margaritas, rosas sujetas con cintas de raso azul cielo. Era el verdadero Luis XIII. Mmes. la princesa de Metternich, la condesa Walewski y la condesa Persigni, llevaban trajes de muselina blanca bordada, adornados de cinta de raso azul.

El raso, lo mismo que el terciopelo de color claro y nuevo, están de moda, porque los vestidos á la orden del día son recamados y bordados de oro sobre todas las costuras. Pero hay raso de raso. Esta tela no sufre ninguna mediación de tejido y de reflejos. Es necesario que sea espléndida, cambiante y aterciopelada.

Les *Magasins de Louvre* que adivinan la moda porque la imponen, además de tener amplias provisiones, dan sus géneros con condiciones escepcionales de buen mercado, pagándose con una importante reduccion de precio com-

parativamente con otras partes. Tienen entre otras cosas, tules pulverizados de oro que parecen luces, ó bien se asemejan al salir de la aurora; tarlatanas diapreadas de todos colores, que son trajes de verdaderas encantadoras.

He dicho que el oro dominaba la moda. *La Villa de Lyon*, pasamanería de la Emperatriz Eugenia, tiene buen juego, y puede desplegar toda su fantasía decorativa y artística. Esta pasamanería de oro consiste en punto de España, en encaje de oro, en grecas de oro, y en *chefs* laminados de oro y plata. ¡Qué esplendor!

No es esto todo. *La Villa de Lyon* posee el traje de los cuentos de Perrault, ejecutado con los rayos del sol, componiéndose de una altísima túnica de encaje de oro, y un volante del mismo encaje. ¡Pero qué encaje! El punto es tan fino como el de Inglaterra, y las flores se destacan en relieve. No hay más que un solo traje, la manzana de París. A la más hermosa.

Como actualidades de pasamanería, citemos una franja de felpilla negra con bolas de oro ó de acero; una franjita acero y negra, y una guarnición de botones cercados de acero y de encaje negro pulverizados de acero sobre fondo de terciopelo negro decorado de un lazo de corbata miniatura. No olvidemos la más fresca coquetería de *La Villa de Lyon*, el cinturón *fontanges*, de ancha cinta moiré (cinta única y exclusiva), formando corpiño debajo del brazo y uniéndose por detrás al bajo de la falda en grueso lazo á dos puntas. Este cinturón constituye todo el adorno de un traje de tul ó de tarlatana, para una soltera ó una señora joven.

A propósito de trajes, que son el supremo género de elegancia, tengo muchos que describir, firmados de la casa *Paris y Carpentier*, 35, boulevard de las Capuchinas. ¡Qué gusto y qué capricho! Juzgad por tres que han bailado en el segundo gran baile de las Tullerías.

Uno era de raso violeta de Parma, cubierto de tul de ilusión blanco, bullonado y con ramilletes de dos grupos de violetas de Parma. Tenía una túnica de tul levantada por cada lado con coronas de violetas de Parma. El cuerpo con berta-fichú bullonado. Este traje hablaba de primavera, era blondo como una mañana de mayo.

El otro era de tafetan, antiguo maiz dorado, adornado de tres volantes de encaje de Inglaterra, artísticamente dispuestos, y superados de un grueso escarolado del mismo tafetan picado.

El tercero era de terciopelo azul celeste, decorado con una franja de felpilla azul con bolas de oro, formando galería en el bajo de la falda, y lanzándose en doble corona á cada paño. El cuerpo tenía una berta con franja de felpilla blanca y oro.

Como abrigos de teatro, la casa *Paris y Carpentier* tiene dos modelos distinguidos. Un abrigo sultana favorita de cachemir blanco, bordado de crecientes de oro y de un dibujo minarete, de seda de un color fuerte con oro; y una mejicana de cachemir negro, ricamente bordada de dibujos bizarros de seda de todos colores. A guisa de capuchon es un fichú que forma valona sobre la cabeza.

Pasemos á los adornos de baile. Volvemos á 1810. Escojed entre los que voy á decir.

Un retorcido de terciopelo azul turquí, rodeado de una trencilla de oro, anudándose por detrás. En medio ramilletes de volútilis de terciopelo azul y racimos de lilas de oro con herretes de oro. Un cordón de oro con cabos de oro, hojas de oro y avenas de terciopelo negro formando penacho de un lado, mientras que del otro remontan cabos de violetas de terciopelo negro sembradas de abejas de oro.

Una diadema de espigas de plata y follaje de terciopelo azul. Un doble lazo de terciopelo punzó y negro separado por un arbusto de brezo adiamantado con barba de blonda, anudándose sobre los cabellos. Un palo de rosal espumoso, formando círculo alrededor de la cabeza, con escarapela de rosas entre musgo. Por el lado penachos de rosas con sus cabos. Un bandeau de terciopelo verde en viés, con lazo de terciopelo verde y cohetes de oro, escapándose del lado como un fuego artificial.

He aquí adornos encantadores que tienen el don de embellecer: para llevarlos es necesario que el cabello esté rizado y espeluznado. Felizmente, la *redecilla invisible* lo mantiene. Ya os he hablado de esta invisible *redecilla de cabellos*; y he olvidado deciros la hallareis en las principales peluquerías, y sobre todo en casa de Leroy, plaza de la Magdalena, peluquero de S. M. la Emperatriz Eugenia.

El cinturón Regente ha destronado completamente al corsé, que aprisionaba el talle sin volverlo flexible y elegante, y que comprimía la gracia, la hermosura y la salud.

Las mangas y cuellos de lencería y de encaje, siguen la moda.

Las mangas muy estrechas, pero ilustradas de un modo encantador hacia el bajo y lo largo del codo.

¿Y los pañuelos? Los más nuevos están destinados á los trajes de baile. Es preciso que el pañuelo tenga el estilo del traje. Chapron está ahí, y ha sabido dar al pañuelo de baile una fantasía decorativa é imprevista enteramente nueva. Conferenciad directamente con él, como hacen todas las grandes señoras que le comunican sus graciosas inspiraciones. Chapron les da su valor, y se lisonjea de aceptarlas. S. M. la Emperatriz Eugenia, modelo de buen gusto, se

digna honrarle muchas veces con sus consejos y advertencias.

El pañuelo *sportman*, de batista cruda, con lista de color tejida en la batista, es siempre el preferido para montar á caballo y para la caza. Es sencillo y único. Chapron le ha honrado con privilegio.

No puedo menos de concluir hablándoos de un magnífico *trousseaux* que acaba de partir para la isla de Córcega. La imaginación de la casa *Lebargne et Henneveu*, ha sido puesta á prueba, pero ha salido victoriosa. Había maravillosos encajes. El traje de boda era de moiré-antique blanco, adornado de un volante de Inglaterra, con túnica de Inglaterra colocada á manera de manto de corte, y levantada por delante como delantal con lazos de cinta moiré blanca; tenía dos cuerpos, uno escotado y otro alto, ambos guarnecidos de encaje. El de contrato era de tafetan azul con bullones de tul azul y racimos de *No me olvides* sembrados en el tul.

El cuerpo tenía *draperies* de tul con hombreras de *No me olvides*, cayendo en herretes.

Si no quedais contentas, amables lectoras, con tanta maravilla parisiense, dirá que sois por demás descontentadizas vuestra siempre apasionada

JOAQUINA DE CARNICERO.

RECUERDO.

(En el álbum de la querida niña Gloria Melgar y Saez.)

Cruzando entre las olas
del mar profundo,
desde la patria mia
vinimos juntos.
¡Mas de qué suerte,
¡oh, Gloria de mi vida,
tan diferente!

Una madre velaba
por tí, á tu lado:
yo dejaba á la mia
sola y llorando.
¡Oh, nunca, Gloria,
te dejes á tu madre
llorando y sola!

En tierras apartadas,
¡ay! de las vuestras
tú vives con tus goces,
yo con mis penas.
Dichosa niña,
toda la tierra es patria
para la dicha.

Para tu suerte, Gloria,
solo deseo,

que de la suerte mia
te guarde el cielo.
Que el pecho herido
es en toda la tierra
triste proscrito.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

Barcelona y julio del 62.

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

A caza de divorcios, comedia en tres actos y en verso, original de D. Mariano Pina.— *Al borde del precipicio*, comedia en un acto y en verso.— *El Diplomático*, comedia del célebre Scribe, representada en Variedades á beneficio del Sr. Mário.— *Los Crepúsculos*, comedia en un acto, original de D. Luis Eguliz.

No tenemos seguramente motivos para quejarnos de la fecundidad de la última semana.

La coronada villa ha estado grandemente animada.

Sucede esto cuando tienen lugar una de estas cuatro cosas: las verbenas, las Pascuas de Navidad, el Carnaval y las crisis ministeriales.

Cuando del turbión político se desprende una crisis, entonces sí que tiene que ver la animación de la gentil villa del madroño.

Verdad que esta animación no ofrece interés alguno para nuestras amables suscriptoras de LA VIOLETA; verdad que cualquiera de las más modestas preferiría la animación de una verbena, de una pascua ó de un carnaval; y es verdad también que el humilísimo autor de estas líneas se halla en igual caso: por lo mismo, y á fin de no ofrecer materia al lápiz rojo del señor fiscal de imprenta para que nos mutilé estas columnas, pasamos por alto la marejada política de estos últimos días, y nos consagramos de buena voluntad á tarea más grata, convencidos de obtener el beneplácito de los que nos honran deteniéndose á leer nuestras revistas.

Y ya que estas líneas han resultado algo tétricas (donde quiera que se escribe la palabra crisis resulta algo tétrico), no hemos de pasar adelante sin consagrar cuatro renglones á la Cuaresma, que es también tétrica como una elegía.

La influencia de la Cuaresma en nuestras costumbres no deja de ser bastante severa, si á juzgar vamos por la escasísima concurrencia que acude á los coliseos. En todos sin escepción se hace ostensible de una manera inequívoca, siendo de lamentar que nos veamos privados de admirar los encantos de aquellas hermosuras

soberanas que los inundaban de claridad con su presencia en tiempos mejores.

En cambio la Castellana y el Retiro se han visto favorecidos espléndidamente los días de sol por una inmensa muchedumbre, entre la que sobresalían como emperatrices las damas aristocráticas de la coronada, verdaderas sensitivas de vaporoso contorno, blancas y espirituales, de mirada tibia como una onda de perfume, y sonrisa enloquecedora, propia para resucitar á los muertos ó para trastornar el cerebro de los que no lo están.

Como la vida humana, por poco que se la estire, nos concede sobrado tiempo para llorar, ó en términos más vulgares, para rabiar, de desear sería que las costumbres nos concedieran más tiempo para reir. Sin embargo, la Cuaresma es una especie de purgatorio de los excesos del Carnaval; y aunque es un purgatorio de cuarenta días de longitud, preciso es conocer que está dotado de sublimidad superior en conmemoración del drama cruento que representa.

Dejemos cruzar tranquilamente á esta sombría viajera de los tiempos; y ya que otra cosa no sea, concédanos al menos algunos días de sol para concurrir al panorama óptico de la Castellana y del Retiro.

No ha sido completamente estéril la última semana en novedades teatrales: al turbion de fracasos que abortó la penúltima, han reemplazado los estrenos de dos obras que han satisfecho regularmente las exigencias del público.

Entre estos estrenos figura el de una comedia en tres actos y en verso, original del señor Pina, y titulada: *A caza de divorcios*. Esta obra se ejecutó á beneficio del primer actor cómico D. Mariano Fernandez en el antiguo corral de la Pacheca, hoy teatro del Príncipe.

El título de esta obra predispone en contra suya. Seguramente que es capaz de servir de coco á los matrimonios menos adheridos á ciertas sensiblerías.

Sin embargo, la obra del Sr. Pina, en nuestro humildísimo concepto, no es tan peligrosa como indica su título, en razon á que resulta en el conjunto puramente anecdótica ó convencional, puesto que el tipo que figura en primera línea pertenece al género cómico exagerado, del cual no se desprende una lección, sino una espansion humorística, que proporciona al espectador un buen momento.

Las pocas pretensiones con que se ha presentado esta obra, su carácter festivo y su feliz desempeño, nos imponen el deber de reconocer en ella ingenio y agudeza, gracia y vis peregrina. Revela talento en su autor; y es sensible por cierto que el público no la favorezca más con su presencia.

Está escrita con facilidad y corrección: el diálogo, fluido y chispeante, se sostiene anima-

do hasta el final; y aparte de algunos chistes de color bastante recargados, aparte de la inverosimilitud que encierran siempre esta clase de obras, es aceptable por todos conceptos, y consigue hacer las delicias de los espectadores. Verdad que tiene reminiscencias de *La Rama de oliva* y de *La Manzana de la discordia*, pero está presentada con bella forma y con originalidad encantadora.

La ejecución fué esmerada, especialmente por Mariano Fernandez y por Casañé.

A continuación se verificó el estreno de una pieza en un acto, titulada: *Al borde del precipicio*. Su autor es desconocido. Fracasó: fué rechazada por el público, y hubo justicia para ello.

En el lindo coliseo de Variedades tuvo lugar el beneficio del apreciable actor Sr. Mário. Se puso en escena una bonita comedia de Scribe, representada por primera vez en esta corte hace más de veinte años, titúlase: *El Diplomático*.

Esta obra, bellísima en su forma, hábilmente conducida en el enredo de su argumento, y magníficamente salpicada de esa vis de buen gusto que caracteriza á todas las creaciones de su fecundo autor, proporcionó gran solaz á los espectadores. Romea estuvo felicísimo, á pesar de su mal estado de salud, que le conduce á una deplorable decadencia: los demás actores estuvieron tambien en carácter; pero no tanto como se podía esperar. La señorita Berrobiano hizo laudables esfuerzos.

De la comedia en un acto del Sr. Eguilaz, titulada: *Los Crepúsculos*, solo podemos decir que el beneficiado Mário y la señorita Hijosa consiguieron en ella una ovacion.

La obra es aceptable, como del autor á quien pertenece: lo que en ella no se justifica es el título.

Mário rayó á grande altura, y la señorita Hijosa no admite hoy rival para ciertos caracteres. Estos dos jóvenes son dos esperanzas muy lisonjeras del moderno teatro español.

Damos por concluida esta desaliñada reseña, despidiéndonos hasta la próxima.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

ADVERTENCIA.

La explicacion del pliego de dibujos se insertará en el número inmediato.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.



LES MODES PARISIENNES

Robes et Paletot de la M.^{me} Seclere Collot - Chapeaux de M.^{me} Bouvy-Sainsaulleux - Rubans
et Passementeries de la Ville de Lyon - Plumes et Fleurs de la M.^{me} Gilman - Jupons et Corssets
de la Maison Simon - Lingerie de la C.^{te} Royale - Foulards pour robes de la M^{lle}
des Jades - Chaussures de la M.^{me} Souvenot - Parfums et Gants de Faguer Laboullée
Envois de la M.^{me} Cassallé et C.^{ie}

Bureau de la M.^{me} de Madrid

